

CERTAMEN RELATO CORTO – La Pajarona

Temática: BUJALANCE

Título Relato: LA DIGNIDAD RESCATADA

Autor: LIBERTO FLOREAL

LA DIGNIDAD RESCATADA

(Un día en la vida de un
obrero de Bujalance en la
segunda década del siglo
XX)

Liberto Floreal

Como impulsado por un resorte, Frasco “el Jaro”, pensador del cortijo S. Rafael del Acilate, se levantó de su jarda, no necesita despertador, como si lo tuviera metido en su cabeza o que sus amigos los animales le mandasen una especie de aviso, que le llegaba sin saber porqué, de que era la hora de su pienso, lo cierto es que siempre se despertaba a la hora justa, a pesar de tener que hacerlo varias veces por noche y después de una dura jornada diaria de trabajo; saludaba a los bueyes con los que parecía tener una complicidad y comunicación que los unía más allá de la simple relación de despacharles la comida. Mientras iba echándoles la paja y el grano, el que cada día tenía que llevar desde el granero y el almiar hasta el tinahón, ración para setenta bueyes, que era el número que solía tener un cortijo de esta naturaleza; les iba diciendo:

- Hoy va un poquito más de grano, comed bien que os espera unos duros días de trabajo, tenéis que hacer el levante de la sementera.

Una vez acabada su función, se asomó a la puerta del tinajo, miró el cielo, estaba limpio, reluciente de estrellas, pensó va a hacer un buen día. Luego fijó su atención en el humo que salía de la chimenea de la cocina, situada en el otro barrio del cortijo, eso quería decir que su compañera Isabelilla ya había encendido el fuego y se preparaba para ayudar a la casera a hacer la primera comida a los gañanes, arrieros y resto del personal que trabajaba en la finca.

Isabelilla se asomó a la puerta de la cocina, como todos los días, y miró hacia la cuadra, sabía que su compañero estaría allí, lo saludó levantando la mano y con una bonita sonrisa en sus labios. Aquella sonrisa y el saludo le hizo recordar a Frasco una letra de soleá que cantaba “el Velas”, gitano, tratante de ganado, que solía venir por el cortijo a hacer negocios con las bestias y que dormía también en la cuadra si no cerraba el trato en un día, nos reuníamos algunos gañanes y otros que sabían que cuando se le calentaba el labio con el vinillo, se arrancaba a cantar, que además lo hacía bastante bien; la soleá decía:

*“Tengo el gusto bien colmao,
compañera de mi alma,
cuando estás a mi lao”.*

Frasco, mientras veía como Isabel volvía a sus quehaceres, sacó su petaca de cuero, la poca herencia material que le había dejado su padre, pero si un buen patrimonio ideológico acorde con su condición de obrero; se lió un cigarrillo y se le vinieron recuerdos de cuando empezó a cortejar a su compañera; una vez acabada la dura faena, ya con el sol puesto, tomaba el camino, rodeaba el acilate, tras pasar el arroyo y subir al cerro, una media legua, llegaba al cortijo de “las Majás”, donde los padres de Isabel eran caseros. ‘Pelaban la pava’ en la puerta, después del correspondiente permiso del padre y bajo la atenta vigilancia de la madre, aunque en algún descuido o atención a otras tareas, se daban un achuchón o un leve beso. Cuando ya hubo más confianza, en algunas ocasiones compartían su cena con él; luego se volvía a “su cortijo”, contento, sin importarle la hora, el frío, la lluvia o el calor y así hasta que se casó.

Con una ligera sonrisa y lentos pasos se dirigió al otro lado de la explanada que separa los barrios del cortijo, en el centro se encuentra la era y a un lado el almiar, tras pasarlo, se acercó al borde de la loma y pudo contemplar el hermoso paisaje de la campiña con las primeras luces del alba, la inmensa estepa feraz con sus colores en función de las hojas de las sementeras, se notaba las que se dedicaban a raspa, las de erial, las de barbecho y los olivares; y recordó el dicho que en algunas ocasiones recitaba el aperaor:

*“De la campiña el riñón,
Velazquitas y el Jardón;
los cuartos traseros,
Sancho Martín y Torrejutereros;
las paletillas, los Casalillas;
y el mondongo: Carrasquilla y el Redondo”.*

Y pensó este cortijo no se nombra en el dicho pero no tiene nada que envidiarle a esos con sus más de mil fanegas; de vuelta al tinao, pasando frente a la casa del dueño, recordó que todo era del señorito y el semblante se le puso seco, se acordó de que pronto le tocaba venir a Antonio “el de la Pura”, que comerciaba con vino y otros productos necesarios en los cortijos y le informaría de las cosas que se cocían en el

pueblo, que acuerdos se tomaban en las asambleas, de cómo estaba el ambiente entre los compañeros; se le volvió a alegrar la cara cuando se le vino a la cabeza lo que le contó la última vez que estuvo, le dijo que el sindicato había pasado de los 2.500 afiliados, aunque muchos no pagaban su cuota porque no tenían ni para comer, que los comerciantes habían contribuido a la construcción de la sede y que se le había llamado *La Armonía*.

De vuelta en el tinao, volvió a saludar a los bueyes e hizo las labores de limpieza propias del día a día. Ya se oían a los gañanes y demás personal, se acercaban a la cocina para desayunar. Sacando la última carretillá de paja sucia se encontró con Sebastián, el porquero, se saludaron y lo acompañó a la zahúrda, le gustaba ver a los dos verracos, luego visitaba el ahijaero, el criaero y el destetaero, le encantaba ver a las marranas y a los lechones. Mientras Bastian revisaba la zahúrda, hablaban de cosas del cortijo, pero sobre todo de sus ideas y hasta imaginaban la liberalización y dignificación de la clase obrera, comentaron la información que les dio Antonio, la última vez que estuvo allí, sobre el triunfo de la revolución en Rusia; se despidieron con una mirada cómplice de compañerismo y unidad.

Una vez en la cocina, se acercó a su compañera y le dio los buenos días con un arrumaco, saludó a los presentes y se sentó junto al boyero, frente al aperaor; al poco entró Bastian que tras el saludo de rigor, se acomodó junto a ellos, una vez acoplados “los pansas”, llamados así porque podían escoger las partes más sustanciosas, en la cabecera de la mesa, se aposentaron los gañanes.

Mientras comían Benito, el aperaor de bueyes, le dijo a Frasco:

- Me unces a la Colorá y al Bizco, aparejas a la mula torda y me la dejas en la puerta de la cuadra.

Dirigiéndose al arriero más antiguo:

- Perico llevas esa yunta a la besana.

Mirando al resto:

- Como sabéis hoy levantaremos la sementera en la hoja de raspa junto al acilate. Preparáis las yuntas y os vais para allá. Una vez que yo haga el primer surco de la besana, todos sabéis lo que tenéis que hacer. ¡Buena obrá!

Salió al patio y se dirigió a la casa del señorito para ultimar detalles con el encargado, los demás hicieron lo propio, yéndose cada cual a su labor.

Al rato, con todo el mundo en el tajo. El aperaor llegó subido en la mula torda, con solemnidad se fue hacia la yunta, ya sujeta al arado, y comenzó la besana.

- ¡Vamos Colorá, venga Bizco!.

Hizo sonar la tralla, sin llegar a rozar a los bueyes y éstos metiendo riñones, comenzaron a tirar del arado que se hundió en la tierra por el empuje del aperaor, y ésta se separaba a ambos lados de la reja formando el surco. Lo veíamos alejarse, jaleando a los bueyes, haciendo un surco derecho; la verdad es que Benito es un buen aperaor de bueyes y un hombre cabal.

Los demás arrieros se prepararon, acariciaron a “sus yuntas” y se colocaron en espera de la señal que les haría Benito. Perico se fue tras él para coger la yunta, una vez que el aperaor terminara el primer surco, tras lo cual, se subió a la mula, que Frasco le había llevado al otro lado de la besana y se dirigió a lo alto del acilate, desde allí visaría el desarrollo de la labor, una vez en el sitio y con una estudiada liturgia de gestos y voces, dio la orden a los arrieros para comenzar la obrada.

Frasco se volvió al cortijo y tras preguntar a Isabel por el Lolo, hijo de ambos, al que habían hecho chanquero al cumplir los 10 años, antes su labor había sido guardar pavos y cuidar a las gallinas. Antes de irse al pozo del arroyo que es donde estaba, fue a darle un beso a su preciosa hija Rosa que correteaba tras de los pollos.

Una vez empezó a bajar la cuesta, ya podía divisar su Lolillo sacando cubetas y llenando los cántaros que luego tenía que meter en las aguaeras que le había colocado a las burras, venía a ayudarle porque, aunque las burras no eran muy altas, él era solo un zagalillo.

- ¡Qué pasa Lolo!, ¿cómo vas?.

- Buenas, padre. No tenías que haber venido, yo puedo solo.

Frasco, pensó con orgullo, ¡qué güevos tiene el Lolillo!, ¡ha salido güeno!.

- Ya lo sé, hijo, pero es que, he considerado que tengo que hablarte de algunas cosas que ya vas teniendo edad para ir entendiéndolas.

Una vez metidos todos los cántaros llenos en las aguaeras, se dirigieron hacia la besana para dejarles agua fresca a los arrieros. Durante el camino Frasco le habló sobre las condiciones de vida de los jornaleros, de cómo el señorito los explotaba para él tener más, de la importancia de la unión de todos los trabajadores y que con ella, quizás un

día, conseguirían la libertad y una vida más digna. El Lolo escuchaba atentamente y asentía.

Estando ya cerca de la hoja donde se hacían las labores de ariega, el viento les trajo un cante, de una voz recia.

- ¿Oyes eso hijo?. El que canta es Perico “el Campiñés” y el cante es una pajarona que dice:

*“Aperaor de bueyes,
larga besana,
que lleguen los repuntes,
a tu ventana”.*

Le explico que los gañanes y arrieros la cantaban mientras laboraban y así se desahogaban y se les hacía el trabajo más llevadero. Se acercaron al jato, saludaron a los arrieros y les llenaron los cantarillos de agua fresca. Frasco miró el cielo y por la posición del sol se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde, tenía que preparar, junto al boyero, a los bueyes reveceros, aunque seguro que él ya los había sacado al patio y además tenía que recoger la comida que había preparado la casera con la ayuda de Isabel, para llevársela a los gañanes y arrieros.

De vuelta, nuevamente, al cortijo con los bueyes primeros, una vez uncidos y dejados en el tajo los reveceros, después de dejar la comida, vio como por el cerro de enfrente, en el camino de acceso al cortijo desde el pueblo, se veía a Antonio “el de la Pura”, traería vino y seguro que el encargo que le hizo la última vez que estuvo aquí, la tela que le iba a regalar a su Isabel para que se hiciera una bata y un vestido para la niña.

Prácticamente llegaron al mismo tiempo a la era, se saludaron con afecto, se preguntaron por la familia y la salud, a continuación cada cual se reincorporó a su trabajo, Frasco a dar agua y pienso a los bueyes que habían terminado su labor y Antonio a descargar y repartir sus mercancías. Con la mirada quedaron emplazados en el tinao para tomar un poco del vino y, sobre todo, para hablar de cómo estaba la cosa en Bujalance.

Antonio, ya por la tarde, se dedicaba a darles clase a Lolo, Rosa, a los hijos de la casera y al chiquillo del boyero; como lo venía haciendo cada vez que llegaba al cortijo y en todos los que visitaba a cambio de comida o algún pollo o gallina, garbanzos,...La verdad es que él lo hacía encantado y, además, para el poco tiempo que disponía, lo hacía muy bien; Rosa con 6 años ya empezaba a leer con cierta soltura y a Lolo le

gustaba, todos los días aprovechaba algún hueco en sus faenas y leía el periódico del sindicato que Antonio le había dejado en su anterior visita o libros de cuentos que le conseguía o hacía las tareas en el cuaderno que le regaló.

Ya entrada la noche, una vez la actividad en los dos barrios había cesado; Frasco que ya estaba en el tinao y había comprobado el estado de los bueyes, sobre todo de los reveceros que habían sido los últimos en volver del tajo; se aposentó en su jarda y al poco llegó Antonio “el de la Pura”, con una jarra de vino, acompañado de Perico “el Campiñés” y Sebastián, el porquero. Frasco sacó su petaca y se la ofreció a Pedro que se lió un cigarro y se la pasó a Antonio, que a su vez pasó la jarra; una vez todos fumando y con la garganta refrescada con el vino; Antonio les fue contando como se había convocado huelga general en el pueblo, las criadas habían dejado las casas de los señores, los comercios habían cerrado y los trabajadores se concentraban en la plaza frente al ayuntamiento, estaba todo paralizado; el sindicato había planteado a la patronal que se acortara la jornada de trabajo con un máximo de 8 horas, abolir el destajo y un salario más digno. Les contó que se habían formado piquetes para ir a los cortijos a informar a los compañeros; a éste no llegarían porque ese encargo lo había cogido él. Por la tarde ya se reunió con los gañanes y otros trabajadores y palpó un buen ambiente entre ellos, propicio a secundar la huelga.

Les contó que con las cuotas de los que podían pagarlas se formó una remesa para asistir a los que más necesitaran y darles para comer, porque la huelga se preveía dura y larga; la guardia civil ya había hecho varias cargas contra los obreros concentrados en la plaza y la patronal amenazaba con traer trabajadores de fuera. Entonces era fundamental la unión y la participación masiva, cuando las casas de los señores estuvieran sucias, no tuvieran quien les hiciera la comida, ni quien labrara sus campos ni cuidara de sus animales, seguro que, por lo menos, se sentaban en la mesa de negociación.

Tras una pausa para liar otro cigarro, esta vez convidó Perico, y darle otro trago al vino; Antonio sacó de su blusa un ejemplar de “La idea anarquista” y otro de “La gramática del obrero”, ambos firmados por su autor, el compañero maestro José Sánchez Rosa que había pasado por Bujalance para dar una conferencia en el centro obrero, en la que además de explicar su idea del anarquismo, apoyó la lucha que se estaba llevando a cabo en Andalucía y especialmente a los compañeros y compañeras de nuestro pueblo. También dejó en la sede varios números del periódico, editado por él,

“la Anarquía” y otros ejemplares de “La aritmética del obrero” y “La gramática del obrero” para ayudar a la enseñanza de los hijos e hijas de los obreros y un tomo de “El abogado del obrero” para la dirección del centro.

Ya de madrugada, se despidieron con un “salud y libertad, compañeros” y cada cual se fue a su sitio. Antonio se acomodó junto a la jarda de Frasco y éste fue al cuartucho donde estaba Isabel con Rosa y Lolo, que dormían plácidamente no así Isabel, que sabía que iba a venir Frasco a hablar con ella, lo que hicieron un buen rato y tras despedirse con un beso; Frasco volvió al tinao, les echó el correspondiente pienso a los bueyes y se acostó junto a Antonio que se llevaba frito un buen rato.

Como todos los días, Frasco se despertó en el momento justo, volvió a rellenar los pesebres con la ración correspondiente mientras saludaba a todos y cada uno de los animales, a través de la ventana pudo comprobar que el día, aunque despejado, se presentaba frío y que ya salía humo de la chimenea de la cocina lo que quería decir que su compañera ya estaba preparando la comida. Despertó a Antonio, y le dijo:

- Anda, ve a la cocina y come algo.
- De acuerdo - contestó Antonio – cuando recoja me iré a Domingo Cano a informar a los compañeros de allí y luego para Bujalance.

Se dieron un abrazo y cada uno siguió a lo suyo.

Una vez terminada su labor en el tinao, limpios los bueyes y bien alimentados, se fue al cuarto, donde aún dormían Rosa y el Lolo, sacó los bultos que había preparado Isabel con las cuatro ropas y otras cosillas que poseían, despertó a los niños, les ayudó a vestirse y fueron a la cocina a desayunar una vez acabada la comida y tras una señal de Frasco se despidieron de los presentes, Isabel hizo lo propio con la casera que con congoja, porque la consideraba amiga, le dijo:

- ¡Pero Isabelita, sabéis bien lo que vais a hacer!, aquí por lo menos coméis todos los días.
- Ana, si sabemos lo que hacemos, lo que no sabemos es que nos traerá el futuro.

Se dieron un abrazo y salió de la cocina donde la esperaban sus hijos y su marido.

En el otro barrio, frente a la casa del dueño, estaba Pedro el encargado, junto a la calesa preparada para llevar al señorito a su habitual paseo por sus tierras.

Frasco consideró que debía comunicar su decisión, por lo que tras indicarle a su familia que esperara, cruzó la era, saludó al encargado y al señorito que en ese momento salió de su casa, extrañado de ver a Frasco allí, le preguntó que sí pasaba algo.

-Verá Usted D. Manuel, me creo en la obligación de comunicarle que mi familia y yo nos vamos al pueblo, hay convocada huelga general y hemos considerado apoyarla.

El encargado, con malos modos y con sorna dice:

- Nos ha salido reivindicativo el pensador, pues que sepas que eso te va costar que no vuelvas por aquí.

D. Manuel, mirando a ambos, pero dirigiéndose al encargado, con gesto sereno y firme, le dijo:

- Antonio, esa decisión es mía no de Vd.

El encargado, comprendiendo que había metido la pata, agachó la cabeza y se puso a revisar los atalajes del caballo.

D. Manuel insistió:

- De verdad, Frasco, que sabes lo vas a hacer, tú has pensado bien lo que te puede acarrear esto.

Frasco con serenidad y mirándole a los ojos, le contesta:

- Hay una letra de fandango, que algunas veces nos cantaba “El Velas” que dice:

*“El cabrón siempre es cabrón,
el chivo hasta cierto punto,
el cordero es agachón
y el probe lo es todo junto
chivo, cordero y cabrón”.*

Yo soy pobre, pero tengo que intentar quitarle a esa letra lo de agachón. Y contestándole a su pregunta. Mire Vd. seguro que perjudica a mí y a mi familia, no sabemos cómo va a acabar esto, pero hay unas cosas de las que si estamos completamente seguros y es que hay que luchar por mejorar, que debemos luchar juntos y, sobre todo, que no queremos ser esquirolas. ¡Qué tenga un buen día!.

Con paso firme y sin prisa se dirigió hacia donde estaba su familia. Isabel lo miraba con orgullo y veía un halo de dignidad en su porte, la dignidad que da el ser un hombre cabal, dignidad de los trabajadores que se la da, precisamente, lo único que tienen, sus brazos y la conciencia de poseerla cuando lo hacen bien, dignidad rescatada

La dignidad rescatada

de entre estas tierras y llevada a su interior. Cargaron los bultos y se encaminaron hacia Bujalance.

Nota: En 1919, tras un largo proceso de lucha obrera, se consiguió abolir el destajo en las labores de recogida, una subida salarial y una reducción de jornada, poniéndola en ocho horas.